

STENDHAL

De lo juvenil en una cartuja parmesana

por Félix de Azúa



Stendhal.



Félix de Azúa.

La Cartuja de Parma

Cuando Victoria me propuso escribir algunas páginas sobre una novela juvenil releída en la madurez (o proyectud) pensé de inmediato que la Providencia me ofrecía la oportunidad de volver a un mamotreto, sin tener que aguantar los quemazos de la mala conciencia. Al fin y al cabo, me

dije, va a ser una lectura *útil*. Tras este primer movimiento de astucia, decidí llevar un diario, de manera que la útil experiencia quedara expuesta por lonchas, y no bajo la forma contundente de un jamón completo. De ese modo, el proceso de la utilidad aparecería en su desarrollo, desde el ocioso principio hasta la moraleja final.

¡Cuán lejos estaba yo de suponer que, en efecto, habría moraleja, e inesperada!

Primera deducción: tenía razón Josep Pla cuando afirmaba que, a partir de los cuarenta años, es muy doloroso leer novelas, y en especial novelas voluminosas. Precisan una simulación, un engaño del remordimiento. Lo que el humano maduro considera «útil» es un resultado de su experiencia. ¿Cabe imaginar un modo más inútil de plantearse la utilidad?

Pasé revista a las opciones. Ni siquiera de pequeño me sentí atraído por Julio Verne o Emilio Salgari, seguramente por parecerme difíciles de comprender dado su alto grado de abstracción. Las primeras convulsiones de lectura hasta la madrugada me atacaron hacia los trece o catorce años de edad, gracias a la burguesía francesa; una «aventura» mucho más fantástica que los submarinos o los piratas. Pero releer *Madame Bovary*, y, sobre todo, divulgarlo, podía inclinar a los jóvenes hacia los estudios de ingeniería, y releer *Las ilusiones perdidas* les iba a inclinar por la sociología y el parquet bolsístico. Sólo un relato me pareció incapaz de inclinar a un joven hacia la perversión adulta, un relato «de amor», y ese relato era...

«La Cartuja de Parma»

Colgaba de mi memoria como una

12

CLIJ30



deshilachada telaraña de intrigas eróticas y aventuras guerreras, sostenidas y amenizadas por una cargante figura, la de Fabrice del Dongo, un chico guapo y necio, como debe de ser. Pero ¿era realmente así? La no muy lejana relectura de *El Rojo y el Negro* me había deparado la perpleja constatación de que Julien Sorel era un arribista ruín, un *saltataulells* de quien Stendhal hacía befa. Léido a los quince años, ese mismo Sorel se me había aparecido como el vivo retrato de la inteligencia y la virtud. ¿Sucedería lo mismo con Del Dongo? ¿Habría dejado de ser un majadero, tras treinta años de espera?

Segunda deducción: lo más notable de la lectura juvenil es su amoralidad. No concibe la ironía y por lo tanto confunde a los buenos y a los malos con un desparpajo envidiable. Se fía de las apariencias. Y lo que es más grave, no le importa que las apariencias engañen. Es más, ¡quiere ser engañado por las apariencias! Esta peculiar amoralidad de los jóvenes, la comparten con algunos adultos: Velázquez, por ejemplo.

Tomé el volumen de la biblioteca y lo manoseé como si se tratara de un melón, buscando el grado de madurez. Estaba en su punto. Era muy gordo, casi seiscientas páginas. ¿Podría mantenerme más o menos igual a mí mismo en una lectura tan extensa? O comenzaría siendo yo, y terminaría siendo otro, no por obra de lo leído sino por el curso natural del tiempo, como las alcachofas? ¿Y cómo podría distinguir la labor del tiempo y la labor de la lectura? Suponiendo que al término del ejercicio mis ideas, principios y sentimientos se hubieran transformado, ¿cómo deducir si era por obra del insidioso espíritu de Stendhal, o porque en unos meses ya uno deja de ser lo que era?

Tercera deducción: los libros gordos son un peligro para la gente hecha y derecha. Su longitud es un desafío para el ánimo abismal que nos hace vivir sin futuro ninguno y en perpe-

tuo presente provisional. Las lecturas «juveniles» sólo pueden emprenderlas aquellos que aún tienen asegurada su inmortalidad.

Lunes 4 de febrero de 1991

El libro es gordo, pero Stendhal va a una velocidad de vértigo. En una página puede liquidarse dos generaciones de aristócratas lombardos. La presentación de los personajes, en los primeros capítulos del libro, es una prefiguración del *spaghetti-western* de alta calidad. Pero estoy convencido de que ningún joven puede comprender una sola palabra de lo que allí se narra. Así, por ejemplo, ¿qué escolar conoce el desarrollo de la política exterior francesa desde la Convención hasta el Directorio? O incluso, ¿cuántas veces fue Milán protectorado austriaco y cuántas veces dejó de serlo entre 1790 y 1810? Y sin embargo, se supone que *de eso* trata el libro...

Cuarta deducción: lo menos relevante de un relato es su rigor histórico. Lo posea o no lo posea, sea veraz o pura farsa, lo verdadero del relato se sitúa más allá de lo constatable. ¿Por qué entonces es imprescindible una simulación histórica o realista? Porque sólo podemos ser engañados en aquello que creemos verdadero; en la falsa realidad construida como verdad. Y esa falsedad es, para nosotros, la historia. Los adultos vivimos convencidos de ser historia y de hacer historia, aunque «estamos hechos de la misma materia con que están hechos los sueños»...

Política económica

Fabrice del Dongo cruza Europa de Milán a Bruselas, participa en la batalla de Waterloo, cambia cuatro veces de caballo, vive en París unos días, se disfraza de contrabandista, sobor-

na agentes de aduanas, corrompe húsares, deslumbra granaderos, seduce taberneras y salva la vida al mariscal Ney, todo ello en diez páginas. Pero lo que es más sorprendente: tan interesante actividad la financia con unos napoleones de oro cosidos al forro de su manteo, y unos diamantes cosidos en el forro de las botas. La expresión «estar forrado» tiene una sólida base etimológica. Ahora bien, si de algo entendía Stendhal era de economía turística. Toda su vida transcurrió viajando de la Ceca a la Meca, pagando albergues, conciertos, lencería y cambios de postas. Escribía, además, para su siglo. Así que, sin duda ninguna, uno podía pasear por la Europa de las guerras napoleónicas con unas monedas y unos diamantes cosidos en algún forro. Ningún problema para cambiar las descomunales piezas de oro en calderilla, ningún problema para tasar los diamantes. Uno se imagina a Fabrice, tras consumir una jarra de vino, diciendo, «espere usted un momento que ahora me descoso el forro». Las joyerías y los usureros debían de florecer como los actuales chiringuitos de cambio, con sus banderas, sus letreros (*change, wessel...*) y sus untuosos y rapiñadores ejecutivos.

El viaje de Fabrice para asistir al estremo de Waterloo nos hace sentir terriblemente infelices. ¡Cuánto más sencillo y cómodo era viajar por la Europa del XIX, sobre todo en plena guerra! ¡Cómo se ha reducido nuestra movilidad desde que se inventó el aeroplano! ¡Qué quietos estamos y qué despacio vivimos, cuántos controles, cuántos registros, cuántos tropiezos, si osamos salir de la esfera vigilada por la estanquera del barrio y la Caja de Ahorros de nuestra calle!

Quinta deducción: éste es un libro indudablemente juvenil porque habla de un mundo juvenil: aquel territorio europeo donde aún era posible decapitar reyes y formar ejércitos populares para derribar tiranos y cambiar fronteras. Las facilidades turísticas es-

tán en directa relación con las facilidades guerreras. Sólo durante las guerras estalla una libertad semejante. La literatura de retaguardia de la guerra civil española está llena de ejemplos.

Política demográfica

En la pág. 115 la condesa Pietranera, tía del protagonista, se considera *une femme agée* y teme hacer el ridículo si su interés hacia Fabrice traspasa los puros límites del afecto maternal. El conde Mosca cree haber llegado a la vejez con dignidad, aunque su pobreza le obligue a aceptar cargos de responsabilidad en la corte del tirano de Parma; quiere retirarse con algo de dinero. Pero la condesa tiene veinticinco años y el conde Mosca cuarenta y cinco.

No es que la llamada «esperanza de vida» haya crecido y ahora, siendo más longevos, lleguemos más tarde a la vejez. También entonces abundaban los octogenarios que eran y son la medida de la vida. Tampoco es que la medicina mantenga la salud hasta más tarde, y por lo tanto se haya ampliado la plenitud y el vigor vitales, más bien al contrario. Lo cierto es que el asombroso cambio en las estrategias propias de cada edad es sólo una cuestión de cultura. Hace un siglo, una mujer que continuara la búsqueda sexual a los veinticinco era una viciosa o una perturbada; un hombre de cuarenta y cinco sin familia ni responsabilidades era un bala perdida. No es preciso pensar en el siglo XIX. Nuestros abuelos todavía respondían a este «sentido común».

Sexta deducción: ¿qué quiere decir, entonces, la frase «liberación de las costumbres»? ¿A qué liberación *personal* se refiere? Hoy lo escandaloso es que un hombre de cuarenta y cinco años quiera jubilarse, odie ser un atleta, deteste conducir deportivos y le avergüence seducir secretarías. Las mujeres de veinticinco años son todavía muchachas, o como máximo, se encuentran en el pre-divorcio. ¿No es

una pura sumisión, la misma y eterna sumisión de la manada? La «liberación» ha sido masiva, no personal, y por lo tanto no supone riesgo ni conciencia. Esta novela es juvenil porque habla de una época en la que los jóvenes recibían muy pronto la confianza de los poderosos, y aceptaban responsabilidades. En nuestros días la única parcela de responsabilidad que se concede a los jóvenes se aplica en el área denominada «delincuencia juvenil».

Política política

Fabrice mata a un miserable del modo más tonto, en una de sus excursiones arriba y abajo de la página. Su tía, la «mujer entrada en años», se moviliza para evitar el castigo. El rey de Parma y su administración aparecen al fin como un mecanismo político real, con sus jueces, sus ministros, sus obispos, su partido de la oposición, y todo lo que haga falta. Pero uno no puede evitar la impresión de que aquella monarquía absoluta se administraba como una pequeña y mediana empresa y que el tirano no pasa de ser un capataz. Aun cuando el protocolo y el ritual simulan la existencia de un soberano, de una aristocracia, de un tercer estado, de un mundo clásico, estamos ya en el despacho de importación de ultramarinos que Balzac elevará a la categoría heroica. No es monarca quien así se denomina, sino quien puede representar la figura. El rey de Parma es ya un vulgar pez gordo, categoría que sólo es posible en el mundo del comercio.

Séptima deducción: para un lector joven, la extrañeza que supone imaginar la vida en una monarquía absoluta, por ejemplo el mundo representado en *Guerra y Paz*, pone obstáculos insalvables para la comprensión cabal de la obra, del mismo modo que a todos nos es incomprendible el mundo griego. Sólo con mucho estudio y amplia erudición puede uno reconstruir aquella descon-

certante forma de vida. Pero eso no sucede en *La Cartuja*, porque la monarquía absoluta allí descrita nos es perfectamente familiar: el Banco Central, el Corte Inglés, o cualquier otro consorcio similar poseen exactamente las mismas características y el mismo personal.

Política erótica

El conde ama a la duquesa, pero la duquesa ama a Fabrice, el cual ama a Clelia, a quien ama Crescenzi, pero también el heredero Ranuce y el poeta Ferrante y el Príncipe aman a la duquesa, casi todo el mundo ama a alguien que suele amar a otro. El ochenta por ciento de la novela se va en arabescos amorosos que aburren poderosamente al adulto incapaz de entretenerse ya con el aspecto ideal de la reproducción. Pero los jóvenes, en efecto, tienen el ochenta por ciento de su existencia ocupada por el arabesco amoroso, única forma del poder, junto con el deporte, que les está permitida. En consecuencia, novelas tan monstruosamente eróticas como ésta les parecen de lo más natural, y aun realista. El mundo, para ellos, es exactamente así: caligrafía sentimental con incrustaciones competitivas en uniforme.

Octava deducción: para el adulto, es imposible asistir al espectáculo del arabesco sentimental sin experimentar una incómoda sensación de rencor. ¿Cómo, por qué, y cuándo renunció o fue apeado de aquel poder, de aquella política tanto más universal y más fuerte que cualquier otra política? Pero hay algo más miserable. El adulto que quiere mantenerse en la esfera sentimental y erótica está condenado a las revistas de peluquería y a los seriales televisivos. A ser él mismo una revista de peluquería.

18 de febrero de 1991

¡Dios mío! En quince días me he plantado a cien páginas del final. He

podido percatarme de ello porque en esta fatídica página 432, Fabrice que (en eso no me traicionaba la memoria) ha venido comportándose como un perfecto majadero, comete una estupidez tan sobrecogedora que el lector adulto desea de todo corazón que le maten de una vez. ¿Alguien puede creer que él mismo, por su propio pie, se entregue a sus asesinos, con el único propósito de ver y estar cerca de su amada (y pelmaza) Clelia, hija del carcelero? ¿Por qué ha de ser justamente el amor lo que convierta en un mentecato a este hombre? ¿Por qué no lo hace más inteligente, por ejemplo? ¿Por qué el amor le estrecha el cerebro en lugar de ensanchárselo? Stendhal sólo tiene una respuesta: *parce-que il est jeune*. Identificando de ese modo lo juvenil con lo insignificante. El Romanticismo fue el primer paso hacia la destrucción de responsabilidades «juveniles», primer paso para consolidar la actual gerontocracia, primer paso para hacer de los jóvenes un ejército pasivo y derrotado que se hacina en el campo de concentración llamado «discoteca».

Novena deducción: Stendhal tomó venganza de su juventud perdida (era un cuarentón cuando escribió la novela) corrompiendo a sus lectores juveniles. Les hizo creer que sólo valían para la intriga de dormitorio; que la fuerza del intelecto y la energía moral son cosa de viejos. Creó un modelo de joven atolondrado, acéfalo, infantil, faldillero y agotadoramente activo que fue inmediatamente adoptado por los adultos. La conspiración para mantener a los «jóvenes» en la imbecilidad romántica hasta bien entrados los treinta años no ha perdido fuerza. Ésa es la actualidad de Stendhal.

19 de febrero de 1991

Ayer me dieron las tres de la mañana, pero no podía dejarlo hasta el

final. ¡Y qué final! A semejanza de aquellas tragedias que concluyen con la muerte de toda la compañía, incluida la acomodadora, aquí se muere todo el mundo. Un disparate, sin duda. Pero en quince días me he leído una historia que ocupa treinta años, he sido engañado por la ficción, me he irritado con los personajes, he sido arrastrado como cuando de niño devoraba novelas. ¡Estas mismas no-



velas! ¿Recuerdo haberme irritado, entonces? Durante la lectura me he dicho una y otra vez que lo «juvenil» de la novela me repugnaba. Pero ahora, una vez concluida, me asalta una sospecha.

Bien mirado, las majaderías de Fabrice, las locuras de la duquesa, la rapacidad del Príncipe y el sentimentalismo de Clelia son más propios de las actuales personas maduras que de los adolescentes de cualquier época. Un ministro de Hacienda abandona sus

responsabilidades por el amor de una intrigante filipina. Una gran dama de las finanzas destruye a su marido, otro gran caballero de las finanzas, porque le han sorprendido con una buscona. Un eminente escritor, galardonado por todas las academias y en hedor de senectud, abandona a su familia para liarse con una admiradora. ¿No será que los personajes «juveniles» de Stendhal son, en realidad, cincuentones y cuarentonas disimulados? ¿No serán, como él, adultos sin esperanza, nostálgicos de la irresponsabilidad, sentimentales anegados de autocompasión? ¿No estará Stendhal endosando a la juventud (esa entidad esencialmente beata) los excesos de la madurez? ¿No son sus propias historias en sórdidos consulados italianos las que se adonizan aquí, tratando de reparar el malestar moral del burócrata desocupado?

Llevado por la inquietud, consulto a aquel inmenso conocedor del paso del tiempo que fue el príncipe de Lampedusa. He aquí su respuesta: «Escrita por una persona madura, para los ancianos, es preciso haber superado los cuarenta años para comprenderla» (*Stendhal*, Trieste, 1989, pág. 101). Estoy en total acuerdo con el príncipe; he sido engañado desde la primera página.

Décima y última deducción. *La moraleja:* la *Cartuja de Parma* es una de las más grandes calumnias que jamás se hayan escrito sobre la juventud. No es una novela juvenil, sino de senectud. Los jóvenes deben leerla con el exclusivo propósito de averiguar qué infamias cometen sus padres y abuelos amparándose en la excusa del amor.

Así y todo, y a pesar de haber superado con creces la cuarentena, no estoy seguro de haber comprendido a Stendhal enteramente. ¿Tendré que volver a leerle dentro de veinte años? ¿Aguantará hasta entonces mi ingenua fe en la inmortalidad? ■